

El hombre aquel le miró, como quien desea saber si es el objeto de alguna burla.

—Hablo seriamente, continuó diciendo. Me llamo Ocampo, y sabe usted que poseo conocimientos en todos los ramos de la ciencia rural. Si usted gusta, escojerá un caballo de los míos y aceptará algo en dinero como ribete.

Ya que el viagero se persuadiera de que efectivamente su caballo era un árabe ó un andaluz de sangre pura, ya que adivinase la manera fina con que Ocampo acudia a auxiliarlo, aceptó el trato y prosiguió su marcha.

\*

Los que hayan estado en alguna de las haciendas, en que se cultivan los cereales, habrán visto la animada concurrencia y los alegres trabajos, cuando se hacen las trillas del trigo.

El Sr. Ocampo sabia imprimir a estas épocas del año agrícola todo el carácter de una fiesta campestre. Ya sabian los peones que el sudor de su rostro no corria solo para el *amo*, sino que multitud de familias pobres participaban de la cosecha. De aquí, la bulliciosa y franca alegría que

se notaba en Pomoca desde la siega hasta el entrojamiento de las semillas.

Sucedió una ocacion, que en medio del ruido de las conversaciones que tenian varios grupos de personas que rodeaban la era de la hacienda el oído finísimo del Sr. Ocampo escuchó un diálogo entre dos rancheros pobres de las inmediaciones. Uno de ellos hacia tiempo que padecia una enfermedad crónica que le habia reducido a la miseria, despues de agotar inútilmente para su curacion, unos cortos bienes que poseía. Su compañero le hablaba de sus males.

—¡Por qué no vas a México a curarte? le preguntaba.

—No tengo recursos: he vendido mis vacas y mis bueyes; no tengo nada, y la curacion, con los demás gastos de permanencia en México, me han dicho que no podrá bajar de seiscientos ú ochocientos pesos. ¡Ojalá que los hacendados del valle me ocuparan en llevar el trigo a la capital: ganaria algo y aprovecharía la ocacion de consultar a algun médico.

El Sr. Ocampo esperó que se retirara la gente, y al ir a verificarlo tambien el enfermo, le llamó aparte y le dijo que habia escuchado su conversacion y que no necesitado por de pronto el

trigo que estaba trillando, podía disponer de él é ir a México a curarse. El enfermo rehusó; pero al día siguiente vió entrar a su casa unas mulas cargadas y recibió de parte del Sr. Ocampo un reeado, suplicándole que aceptase el trigo, como un auxilio para atender a su curacion.

El enfermo marchó a la capital de la República y volvió algun tiempo despues enteramente sano. Dedicóse asiduamente al trabajo, y su protector tuvo el gusto de saber que habia prosperado en las labores del campo y que disfrutaba de un cómodo bienestar.

\*

Se nos ha referido que en el año de 1853 apareció un lobo rabioso en los alrededores del pueblo de Tungareo de la municipalidad de Maravatío. Causó muchos estragos entre los peones de las haciendas inmediatas, hasta que los de Apeo lograron darle muerte. El Ayuntamiento pidió entónces al gobierno que le proporcionase alguna suma de dinero para curar a las personas mordidas por el lobo, solicitud que le fué denegada. Entónces, el Sr. Ocampo en Pomoca, y D. Mateo Echaiz en Apeo, recojieron a los heridos y

los estuvieron atendiendo a sus expensas. Ocampo ensayó en esa vez la eficacia de la *trompetilla* flor silvestre, cuyas virtudes medicinales fueron descubiertas merced a los estudios y conocimientos del sabio naturalista.

\*

No omitiremos en estos detalles de su vida un hecho sencillo, pero que demuestra con cuanta solicitud procuraba cumplir sus deberes de gobernante.

En la primera época de su gobierno, los vecinos de Puruándiro estaban divididos por una de esas discordias que tan frecuentes y tan funestas son por desgracia entre los pueblos pequeños. Varias disposiciones se habian dictado para poner término al conflicto, pero todas habian sido inútiles.

El Sr. Ocampo hablaba con su secretario D. Juan Cevallos y discurrían ambos los medios de establecer la paz en Puruándiro.

—El único medio es que yo vaya a reconciliarlos, dijo el Sr. Ocampo. Cevallos aceptó la idea y se despidió para retirarse a su casa. Al día siguiente, al entrar al despacho, supo que el

gobernador habia salido de la ciudad acompañado de un solo mozo. Llamó violentamente a algunos amigos y participándoles lo que habia sucedido les suplicó fuesen a reunirse con Ocampo y le llevasen una escolta.

Cuando la comitiva llegó a Purúandiro, hallaron a la poblacion entregada a las expansiones del regocijo y por todas partes se notaban la animacion y la alegría de una fiesta cordial. La palabra del Sr. Ocampo habia hecho ese prodigio, y él era aclamado por todo un pueblo agradecido.

\*  
\* \*

Así se deslizaba la existencia del filósofo, mientras que la nacion era víctima de la tirania que desplegó entónces el dictador. Aquella vida dulce y tranquila fué interrumpida repentinamente con una orden de destierro que obligaba a Ocampo á salir dentro de pocos dias para el extranjero. Otras órdenes hacían marchar lejos de sus hogares a Degollado, Gonzalez Ureña, García Anaya, Gabino Ortiz y otros patriotas michoacanos.

Con Ocampo desplegó el tirano el lujo de su ferocidad. Una escolta le llevó primero à Tulan-

cingo y despues le condujo hasta Veracruz. Los horribles calabozos de San Juan de Ulúa le abrieron sus puertas, mientras venia algun buque que le condujera a las playas de los Estados-Unidos.

Amargos fueron para el Sr. Ocampo los dias del destierro. Falto de recursos, se consagró en la Bahía de San Luis y en la ciudad de Bronswille al oficio de alfarero, con cuyos productos pudo atender a sus gastos. Una de sus hijas, la esposa del Sr. Mata, le acompañó durante el tiempo de la expatriacion.

El odio del bando conservador contra Ocampo no se contentó con verle abatido y pobre en el destierro. Trató el gobierno usurpador de confiscarle su hacienda, y con este motivo, el Sr. licenciado Francisco Benites le escribió a la Bahía de San Luis, pidiéndole instrucciones para salvar sus intereses. Ya se ha visto que Ocampo no tenia el menor apego al dinero; así es que contestó a Benitez una larga carta, hablándole de su familia, del colegio de San Nicolás, de los recuerdos de la patria, y en unas cuantas líneas se ocupó de sus bienes, diciendo: que no se preocupaba de ellos, porque habia nacido desnudo y desnudo bajaria al sepulcro.

La gratitud acudió, sin embargo a llevar una

ofrenda al desterrado. Aquel pobre labrador que pudo ir a México y curarse de sus enfermedades, merced a la filantrópica donación del trigo, regalado por el Sr. Ocampo, le envió a Brownville trescientos pesos y, conociendo el carácter del ilustre proscrito, le escribió una carta, suplicándole que aceptase aquella cantidad, como un préstamo que satisfaría inmediatamente después de su regreso. ¡Acción noble que indicaba a la vez el deseo de servir a un protector y de no herir sus sentimientos! Aquella cantidad no era ni la mitad del precio del trigo, y no podía considerarse, en consecuencia, como una retribución.

Entretanto, la bandera de la gloriosa revolución de Ayutla se paseaba triunfante por el territorio de la República el pueblo mexicano se había levantado como un solo hombre contra el gobierno de Santa-Anna. De nada sirvieron a este ni el apoyo decidido del clero ni el poder de su ejército de sesenta mil hombres. Aterrorizado ante la tempestad que se le venía encima, huyó otra vez a disfrutar en Tubarco los placeres que podían proporcionarle los inmensos tesoros que había sacado del país.

En medio de la inmensa alegría con que el pueblo saludó la bandera triunfante de Ayutla,

la patria abría contenta sus puertas a los desterrados. El Sr. Ocampo llegó a la capital, a donde fueron a felicitarle por su regreso muchos de sus amigos de Michoacan. Para cada uno de ellos traía algún pequeño obsequio, un recuerdo del cariño que les profesaba y que conservó vivo en el extranjero. Entre los que se apresuraron a verle estaba el Sr. D. Cayetano Gómez, a quien trajo un magnífico mosaico que tenía incrustado un cordero pascual. El Sr. Ocampo halagaba así las creencias de su generoso y leal amigo.

Tampoco se le olvidó entonces su ejército de *nicolaitas*. Usaban estos en el ojal de la levita, según el reglamento del colegio, el escudo de armas de D. Vasco de Quiroga, grabado en una cinta de seda, en diversos colores, según la cátedra que cursaban. El Sr. Ocampo les envió una multitud de escudos impresos en elegantes listones, mandados hacer por él exprofeso para sus *cazadores*. Pequeño obsequio en verdad; pero que prueba como ocupaba siempre el pensamiento del filósofo la juventud estudiosa de su colegio.

Don Juan Alvares, ese Guillermo Tell de nuestras montañas del Sur, caudillo de la revolución de Ayutla, llegó a Cuernavaca, en su marcha triunfal para México: allí, investido del poder supremo de la nación, nombró el gabinete, encargando su presidencia y la cartera de relaciones al ciudadano Melchor Ocampo, espresion neta de las aspiraciones de aquella revolución regeneradora. La secretaría de guerra se encomendó al general Don Ignacio Comonfort, el hombre más popular entónces, por haber sido el más afortunado en la campaña.

Por desgracia, Comonfort era uno de esos políticos de términos medios para quienes no llega nunca la hora de dar un paso decisivo, comprometiéndolo así con sus vacilaciones la suerte de su país, carácter que era enteramente opuesto al del Sr. Ocampo. Trató este de aprovechar los

momentos de la victoria, abriendo desde luego el camino de la reforma *desideratum* del gran partido demócrata, pero Comonfort se opuso tenazmente a este paso que le parecía prematuro y arrastró del lado de su opinión a la mayoría del ministerio. Lleno de energía, le dijo Ocampo:

—O usted ó yo estorbamos aquí.

Pero, como el mismo Sr. Ocampo lo decía, Comonfort estaba allí con el prestigio militar, por lo que comprendió aquel la inutilidad de sus esfuerzos, y de nuevo se retiró de la vida pública, espidiendo a la nación un célebre folleto, intitulado, "Mis quince días de ministerio", en que dá cuenta de estos hechos.

Que Ocampo tenía motivos para no hacerse solidario de Comonfort, lo prueba demasiado el fuuesto golpe de Estado de 1857, que envolvió otra vez a la República en la más sangrienta de sus guerras civiles.

Pero no nos anticipemos a los acontecimientos.

D. Juan Alvarez se había retirado de la presidencia de la República, contento y satisfecho con haber convocado al pueblo para que eligiese un Congreso Constituyente, conforme a la solemne promesa del plan de Ayutla. Los hombres pensadores del partido liberal, los que deseaban

que la reforma tan ansiada fuese un hecho en la República, exigieron entonces que los candidatos para la presidencia diesen su programa administrativo y esos mismos hombres postulaban para tan alto encargo, unos al C. Melchor Ocampo, otros al C. Miguel Lerdo de Tejada; pero los dos renunciaron sus candidaturas. Por otra parte, la nacion, deslumbrada por el brillo de las victorias de Comonfort, acudió a las ánforas electorales y depositó allí con entusiasmo el nombre del afortunado caudillo, llamándole a que rigiese sus destinos.

A la sombra de este gobierno irresoluto y que ciego, no queria comprender el porvenir de México, el Congreso constituyente trabajó y expidió la carta fundamental de 1857 que ha destruido para siempre en la República el poder omnímodo del clero; porque cualesquiera que sean las emergencias porque pasa este país, lo cierto es que el espíritu liberal de esa Constitucion está ya inoculado en el pueblo. Podrá amortiguarlo un falso sentimiento de religion, bajo el pretesto de la libertad encadenada, pero esto mismo prueba que es ya la libertad un hecho consumado.

Ocampo habia sido elegido por muchos distritos para formar parte del Congreso, y éste le nombró secretario de la comision que habia de

presentarle el proyecto de constitucion. Véase, pues, como durante la vida de este ciudadano ilustre, su nombre está asociado a las grandes ideas y a los grandes acontecimientos de la patria.

La historia del Congreso constituyente, escrita por el distinguido publicista D. Francisco Zarco, da a conocer el importante participio que tomó Ocampo en la redaccion y en la discusion de un Código político, eminentemente liberal, que ha colocado a México a la altura de las naciones más civilizadas del mundo.

\*  
\* \*

Supo el clero aprovecharse de la debilidad de aquel gobierno y haciéndolo fácil instrumento de sus maquinaciones, logró arrojarlo mañosamente en un camino estraviado y criminal; pero Comonfort, asustado de su propia obra y viendo que el golpe de Estado, léjos de servir a los intereses que se propuso, habia entregado la situacion en manos del partido reaccionario neto, man-

dó poner en libertad al Sr. Juarez, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, que habia sido reducido a prision por el gobierno revolucionario. Juarez con la constancia y el patriotismo que eran en él naturales, organizó el gobierno y formó un gabinete liberal, compuesto de los señores Ocampo, Arriaga y Miguel Lerdo.

Muy pronto el partido clerical se adueñó de la mayor parte del territorio, siendo pocos los Estados que, como Michoacan, Guerrero y Veracruz, conservaron una actitud imponente. Todo hacia creer en el triunfo del plan de Tacubaya; mas el gobierno legítimo, fiel a su bandera, en medio de tantas adversidades, era el centro de los liberales y procuraba a todo trance conservar y salvar el depósito que tenia confiado.

Se estableció primero en Guanajuato, y amagada esta capital por el ejército de Osollos, se trasladó a Guadalajara, en donde una traicion puso en inminente riesgo la vida de sus altos miembros. Allí fué donde la elocuencia de Guillermo Prieto y del Sr. Ocampo supo desarcar a los asesinos, hacer caer de sus manos los fusiles próximos a hacer fuego y arrancar lágrimas a los ojos de los soldados, que un momento antes brillaban con la espresion siniestra del crimen.

Aquel gobierno errante se dirigió en seguida al Manzanillo y embarcado con rumbo a Panamá, llegó algun tiempo despues a los muros de la heróica Veracruz.

Entónces comenzó para Ocampo la época más gloriosa de su vida. Identificado con hombres como Juarez, Ruiz y Lerdo, ningun obstáculo se presentó ya para llevar a cabo su grande y soñada obra de la reforma.

En esta época llena de angustias y viscisitudes, el gobierno legítimo no tenia mas apoyo que el de la conciencia de su derecho. Las derrotas y reveses de su tropa se sucedian sin interrupcion en el interior de la República: en el exterior, España, Inglaterra y Francia se mostraban amenazantes y ya desde entonces podia preverse una coalicion de esas potencias para intervenir en los asuntos de México. A este fin se dirigian los trabajos ocultos de los reaccionarios que, si bien juzgaban que el gobierno liberal estaba impotente, no menos reconocian con toda claridad que la reaccion adolecia de esa ó mayor impotencia y no contaba absolutamente con la opinion pública. El tratado Mon-Almonte, llevado a cabo por el gobierno intruso vino a justificar estos temores.

En medio de estas circunstancias, y cuando

los hombres del partido liberal deberían haber mostrado mas fe y decision por su causa, hubo un momento en que ambas cosas faltaron a los gobernantes de Veracruz y se firmó el tratado *Mac-Lane* que, a parte de ser indecoroso para la dignidad del gobierno, comprometia sériamente los intereses nacionales.

La prensa clerical se desató en injurias contra los que habian intervenido en ese documento diplomático; pero contra quien mas encarnizadamente se manifestó fué contra el ministro Ocampo, suponiéndolo autor del tratado. Aquel hombre justificado é intachable era el blanco de sus ataques. La envidia nunca habia podido empañar su limpia reputacion, y esa vez, el despecho y el ódio del partido retrógrado, creyeron llegada la hora de arrojar una mancha sobre la vida pública de aquel demócrata puro.

La historia, sin embargo, ha venido a poner los hechos en su verdadero punto de vista. Juarez y Ocampo no prestaron su consentimiento a ese tratado, sino considerándolo como una exigencia de su partido y como el solo medio de oponer a las ambiciones de Inglaterra, Francia y España el poder y el prestigio de una gran nacion, como los Estados- Unidos.

Todos estos datos, que son oficiales, pueden leerse en la *historia de Jalapa y de las revoluciones de Veracruz*. Allí constan tambien el empeño de Ocampo en retardar la conclusion definitiva de ese convenio, los sinsabores que le causara y la enemistad que su resistencia le ocasionó con uno de los hombres más distinguidos del partido liberal, enemistad que le hizo renunciar el ministerio y permanecer durante un corto tiempo en la nacion vecina, hasta que las repetidas instancias del Sr. Juarez y la seguridad de que el tratado *Mac-Lane* sería reprobado por el Senado americano, como efectivamente sucedió, le hicieron volver a encargarse de nuevo del despacho de la secretaría de relaciones.

Durante aquellas difíciles circunstancias, por algun tiempo estuvo el Sr. Juarez, dondo pruebas de su patriotismo y de su amor a las instituciones.—Inflexible en el cumplimiento de las leyes de reforma, expidió circulares, previniendo a los gobernadores de los Estados que recojiesen todas las fincas rústicas y urbanas que hubieran sido devueltas al clero por los adjudicatorios y las mantuviesen a disposicion del gobierno y declarando insubsistentes y nulos los contratos de esos mismos bienes hechos por las comunidades en favor de algunos particulares.



Firme en sus principios, se opuso a la transacción solicitada por el general Echeagaray, quien despues de haber tomado participio en el plan de Tacubaya, desconoció el gobierno emanado de ese motin y pretendia que la Constitucion fuese reformada, a fin de que el gobierno de Veraeruz fuese reconocido por la division de su mando. El Sr. Ocampo rehusó la cooperacion de aquel cuerpo de ejército y prefirió afrontar una situacion cada vez más angustiada. Tratándose de su conducta politica acostumbraba decir: *yo me quebro, pero no me doblo.*

No por estar consagrado de toda preferencia a los asuntos de la guerra olvidaba los demás ramos que le estaban encomendados. Comprendió que uno de los más poderosos medios para el bienestar de México es la colonizacion extranjerá, como elemento indispensable de paz y de prosperidad. A este fin contrató con una compañía el trasporte a México de 400,000 alemanes, contrato que si nó se llevó a efecto, fué porque no insistieron en él sus sucesores en el ministerio.

En cuanto a él no omitia medio alguno para robustecer al país por el aumento de poblacion.

En esos dias llamaron mucho la atencion pública sus comunicaciones al gobierno de Yuca-

tan, prohibiéndole en términos enérgicos y con una filosófica exposicion de los principios humanitarios, la horrible trata de esclavos que de los prisioneros indios se ha hecho en la península, no solo por los hombres del gobierno conservador, sino tambien, por uno de los gobernantes liberales de aquel país. Ante semejante atentado contra la civilizacion y los derechos inalienables del hombre, el Sr. Ocampo, lleno de indignacion llegó a amenazar al gobierno de Yucatan manifestando que, supuesta la debilidad del gobierno nacional, se pediria el auxilio de la Inglaterra, la nacion que más se ha distinguido por su ódio contra la trata de negros, para que facilitase un crucero a fin de poner término a aquel infame crimen cometido contra las leyes de la humanidad, en la garantía de las cuales deben estar interesadas todas las naciones que sepan apreciarse así mismas.

La actitud enérgica y digna del Sr. Ocampo bastó para que el gobierno de Yucatan acatase los fueros de la justicia cesando el horrible comercio de los desgraciados indígenas.

Pero lo que mas preocupaba la atencion del hombre de Estado; donde estaba concentrado todo su afan, era en el desarrollo del código de la reforma.

En medio del estallido de la guerra y cuando mas fuerte rugia el cañon reaccionario, el gobierno de Veracruz, el gobierno legitimo, hacia sentir el poder de su influencia moral con la expedicion de una nueva ley de reforma, una hoja de papel que iba a debilitar la fuerza del partido usurpador, al dia siguiente en que sus armas habian obtenido alguna espléndida victoria sobre los batallones liberales.

Márquez, Miramon, Robles Pezuela, Zuloaga, paseándose gloriosos y vencedores por toda la República, seguidos de un numeroso y brillante ejército, ¿qué eran, qué valian ante el creador talento de Ocampo?

Las leyes de Reforma, minando el poder del clero, a la vez que alentando las esperanzas del pueblo, destruyeron aquel poder efimero, cuya estrella de tres años se eclipsó para siempre en la batalla de Calpulápan.

Juarez, el hombre extraordinario que llena con su nombre tantas páginas brillantes de nuestra historia, quiso que Ocampo fuese el primero en ocupar la capital de la República, y le envió a ella investido de facultades extraordinarias en todos los ramos, nombrándole ministro universal. Acto de oportuna justicia, porque en aquella

guerra se habian conquistado los principios de la Reforma y a Ocampo correspondia en cierto modo recibir el primero las ovaciones del pueblo agradecido.

A él tocó, pues, en suerte promulgar en México aquellas famosas leyes que fueron recibidas con el entusiasmo de un regocijo sin límites.

Los actos mas notables de su ministerio fueron la ejecucion en la capital de esas mismas leyes; el decreto, haciendo responsable al clero de las pérdidas y desgracias de aquellas guerras civiles; el destierro de los obispos, y la expulsion de los ministros extranjeros que se habian inodado en la política interior, favoreciendo al gobierno reaccionario, medida enérgica y severa que demuestra cuánto sabia apreciar la dignidad de su país.

Ocampo que creyó haber concluido su mision de hombre público puso su renuncia de ministro; y aunque se le instó repetidas veces para que admitiera la direccion del Monte de Piedad, empleo que parecia adecuado a su carácter filantrópico, todo le rehusó, retirándose por última vez a los deliciosos campos de su hacienda de Pomoca.

\*  
\* \*

Cuenta la historia que Licurgo, despues de haber dado a Esparta una sábia legislacion que hizo la gloria de aquel pueblo, llamó a los ciudadanos, y haciéndoles jurar que observarian estas leyes hasta su regreso, se ausentó de su patria y no volvió jamás.

Oh! si nosotros pudiésemos tender el velo de la ansencia sobre los últimos dias de Ocampo, la pluma no se caería indignada de nuestras manos ni rebosaría en nuestro corazon la sed de la justicia no satisfecha! ¡Aun viven los instigadores del crimen, existen todavía impunes algunos de los verdugos del mártir.

Al lado del cadáver ensangrentado, la historia ha puesto las antorchas luminosas de la verdad. Al esplendor de esos cirios se ve un cuerpo acribillado por las balas y en el cuello de la víctima la huella amoratada de una cuerda.

Un oscuro tribunal, reunido de noche bajo las bóvedas de un templo, decretó la muerte del reformador. Las bandas de Márquez y de Zuloaga que mantenian en las montañas los horrores de la guerra civil, esperando el dia en que la traicion arrojase a nuestras playas los ejércitos extranjeros, cuyo auxilio entónces se mendigaba en Europa, fueron los verdugos nombrados para consumir el frio y largo tiempo meditado crimen.

La vida agitada del filósofo que durante algunos años le habia tenido separado de sus negocios, sus gastos precisos y sus constantes obsequios a los pobres, como sus continuadas donaciones a la instruccion pública, todo habia disminuido sensiblemente su capital; y realizadas ya sus aspiraciones políticas pensó en consagrarse de nuevo al trabajo del campo y restablecer su fortuna para formar el porvenir material de sus hijos.

No obstante que habia hecho pública su resolucion política, el pueblo que no podia olvidar sus servicios ni acostumbrarse a que no figurara su nombre entre los de los que desempeñaban los altos puestos del gobierno, le eligió representante suyo en el Congreso general. El distrito de Uruápan quiso honrarse con esta eleccion,